

los resultados macroeconómicos de los gobiernos. Estas relaciones estudian en los capítulos 14 y 15.

Existe únicamente una débil correlación entre las tres variables. Es lógico esperar que los países más grandes muestren mayor heterogeneidad que los más pequeños (Dahl y Tufte, 1973, 13-14). Ciertamente, el tamaño de la población (registrada) y el grado de pluralismo en nuestras treinta y seis democracias se correlacionan positivamente pese a que el coeficiente de correlación es meramente de un 0,26, dato estadísticamente significativo sólo al nivel del 10 %. Las sociedades plurales tienden a ser menos desarrolladas ($r = -0,24$, significativo al nivel del 10 %), aunque esta relación está impulsada en gran parte por los dos casos de la India y de Papúa-Nueva Guinea. De alguna forma, los países más grandes están menos desarrollados que los más pequeños ($r = -0,10$), a pesar de que la relación es muy débil y estadísticamente no es significativa. Por último, la duración de una experiencia democrática ininterrumpida entre los años 1945 a 1996 (medida por décadas, tal como se indica en la tabla 4.1) mantiene una fuerte correlación con el desarrollo. Así, las democracias más antiguas son también los países más ricos ($r = 0,57$, significativo al nivel del 1 %), aunque no existe una relación significativa con el tamaño de la población o con el grado de pluralismo.

CAPÍTULO 5

SISTEMAS DE PARTIDOS: MODELOS BIPARTIDISTAS Y MULTIPARTIDISTAS

La primera de las diez variables que caracterizan el contraste entre democracia mayoritaria y consensual, presentadas en el capítulo 1, era la diferencia entre los gobiernos de mayoría de un solo partido y las amplias coaliciones multipartidistas. La primera diferencia también puede ser considerada como la más importante y típica diferencia entre los dos modelos de democracia, puesto que compendia el contraste entre concentración y división de poder. Además, el análisis factorial del capítulo 14 muestra que se correlaciona más estrechamente con el «factor» que resume la primera dimensión (ejecutivos-partidos) que cualquiera de las otras cuatro variables que pertenecen a esta dimensión. Así pues, sería lógico dedicar este capítulo, el primero de los nueve que estudiarán las diez variables básicas,¹ a esta primera variable tan característica.

Sin embargo, por razones prácticas, se hace necesario tratar el tema de los sistemas de partidos en primer lugar. La clasificación de los gabinetes —gabinetes de un solo partido frente a gabinetes de coalición multipartidista y gabinetes de mayoría escasa frente a gabinetes de minoría y gabinetes con partidos «innecesarios»— depende en gran parte de cómo se definen los partidos políticos y el número de partidos en los sistemas de partidos. De ahí la necesidad de resolver estos problemas de definición para poder tratar adecuadamente el tema de los tipos de gabinete. De todas formas, vale la pena resaltar que los tipos de sistemas de partidos son también un fuerte componente de la dimensión ejecutivos-partidos. Anticipando una vez más el análisis factorial del capítulo 14, la variable de sistemas de partidos se correla-

1. Dos de las variables, rigidez constitucional y revisión judicial, se tratarán en un solo capítulo (capítulo 12).

ciona con el primer «factor» casi tan estrechamente como el tipo de gabinete y más estrechamente que las tres variables restantes.²

Los sistemas bipartidistas tipifican el modelo mayoritario de democracia y los sistemas multipartidistas el modelo consensual. La literatura tradicional sobre los sistemas de partidos es firmemente mayoritaria y con una inequívoca predilección por el sistema bipartidista. Se considera que los sistemas bipartidistas poseen ventajas directas e indirectas sobre los multipartidistas. El primer beneficio directo es que ofrecen a los votantes una elección clara entre dos conjuntos de políticas públicas. En segundo lugar, tienen una influencia moderadora, puesto que los dos partidos principales tienen que competir para conseguir a los votantes oscilantes en el centro del espectro político y de ahí que tengan que defender políticas centristas moderadas. Este mecanismo se hace especialmente fuerte cuando el centro político se encuentra ocupado por una gran cantidad de votantes, pero su lógica continúa operando incluso cuando las opiniones están más polarizadas: en los dos extremos del espectro, los partidos perderán alguno de sus seguidores, que decidirán abstenerse en lugar de votar a favor de lo que, para ellos, es un programa demasiado moderado. Sin embargo, un voto en el centro, robado al otro partido, es dos veces más valioso que un voto perdido por abstención. Los dos argumentos son bastante plausibles, pero también contradictorios, puesto que si los dos partidos están cerca del centro político y sus programas son, pues, parecidos, en lugar de ofrecer una «elección» válida a los votantes, lo más probable es que se «repitan» el uno al otro.³

Además, se considera que los sistemas bipartidistas ofrecen una importante ventaja indirecta: son necesarios para la formación de gabinetes de un solo partido que harán políticas estables y efectivas. Por ejemplo, A. Lawrence Lowell (1896, 70, 73-74), uno de los primeros politólogos modernos, escribió que el legislativo debe contener «dos partidos, y únicamente dos, [...] para que la forma de gobierno parlamentaria pueda dar permanentemente buenos resultados». Calificó un «axioma en política» que los gabinetes de coalición sobreviven poco tiempo y son débiles en comparación con los gabinetes de un solo partido: «cuanto mayor es el número de grupos discordantes que forman la mayoría, más difícil resulta el contentarles a todos y más débil e inestable resulta la posición del gabinete».

2. En *Las democracias contemporáneas*, los sistemas de partidos surgieron, de hecho, como el elemento más fuerte del primer «factor» y el tipo de gabinete estaba en segundo lugar (Lijphart, 1984, 214).

3. La mayoría de teóricos bipartidistas no reivindicó las dos posturas simultáneamente. La escuela estadounidense de pensamiento defiende la ventaja que suponen los partidos moderados, mientras que la escuela bipartidista británica exige una elección bien definida.

En los dos capítulos siguientes confirmo la hipótesis de Lowell relacionando los sistemas de partido con los tipos de gabinete y su «axioma» de que los gabinetes de mayoría de un solo partido son más duraderos y predominantes que los gabinetes de coalición. Por lo tanto, la preferencia de los mayoristas por el bipartidismo está clara y lógicamente relacionada con su preferencia por gabinetes de un solo partido dominantes y poderosos. Además, en el capítulo 8 muestro una fuerte relación entre los sistemas de partidos y los sistemas electorales, que explica con más detalle la fuerte preferencia que sienten los mayoritarios por la mayoría relativa en lugar de la RP, debido a su tendencia en favor de los partidos grandes y su contribución al establecimiento y mantenimiento de sistemas bipartidistas. Sin embargo, el que este síndrome de características mayoritarias se traduzca, de hecho, en una elaboración de políticas públicas más capaz y efectiva que su contrapartida consensual es un asunto bien diferente. Lowell simplemente da por sentado que la fuerza concentrada significa una toma de decisiones efectiva; en el capítulo 15 muestro que este supuesto es en su mayor parte incorrecto.

En este capítulo abordo en primer lugar la cuestión de cómo debería contarse el número de partidos en los sistemas de partidos y propongo el «número efectivo de partidos parlamentarios» como medida óptima. También intento resolver el problema de cómo tratar los partidos divididos y los estrechamente aliados: ¿deberían tratarse como un solo partido o como más de uno? Seguidamente se presentan y discuten los valores medios del número efectivo de partidos parlamentarios en nuestras treinta y seis democracias; estos números muestran una amplia gama, que va desde claramente por debajo de dos hasta casi seis partidos. Finalmente, el número de partidos se relaciona con el número y los tipos de dimensiones de temas que los dividen.

El número efectivo de partidos

Citando de nuevo a Lowell, los sistemas bipartidistas puros con «dos partidos, y únicamente dos» son extremadamente raros. En el capítulo 2, los sistemas de partido de Gran Bretaña, Nueva Zelanda y Barbados se describían también como sistemas bipartidistas, pese a la frecuente presencia de uno o más partidos pequeños adicionales en la legislatura. ¿Se trata de una descripción correcta o debería modificarse de alguna manera? Esta pregunta conduce hacia un problema mucho más serio, como es determinar el número de partidos en un sistema de partidos; si se deben o no contar los partidos pequeños y,

en caso de no hacerlo, qué tamaño ha de tener un partido para que se incluya en el recuento.

Giovanni Sartori (1976, 122-123) propuso una solución ampliamente aceptada. En primer lugar, sugiere excluir a los partidos que no ganen escaños en el parlamento, que las fuerzas relativas de los otros partidos se midan en términos de escaños parlamentarios y que no todos los partidos, independientemente de su tamaño, pueden entrar en el recuento. Sin embargo, señala que no puede establecerse un punto de corte arbitrario de, pongamos por caso, un 5 o 10 % por encima del cual los partidos se cuentan y por debajo del cual deben dejarse de lado. Estos supuestos preliminares no son excepcionales. Sus «reglas para contar» son más controvertidas. Propone que sólo los partidos que sean «relevantes» en términos de tener «un potencial de coalición» o «un potencial de chantaje» deberían contarse como componentes del sistema de partidos. Un partido tiene potencial de coalición si ha participado en coaliciones de gobierno (o, por supuesto, en gobiernos de un solo partido) o los partidos principales lo consideran como un posible socio de coalición. Los partidos que no son ideológicamente aceptados por todos o la mayoría de los otros socios de coalición, y que, por lo tanto, carecen de potencial de coalición, deben contarse sólo si éstos son lo suficientemente grandes. Ejemplo de ello son los fuertes partidos comunistas franceses e italiano hasta la década de los setenta. Ésta es la «regla de recuento subsidiaria basada en el poder de intimidación, o más exactamente, en el *potencial de chantaje* de los partidos orientados hacia la oposición» de Sartori.⁴

Los criterios de Sartori resultan muy útiles para distinguir entre los partidos que son significativos en el sistema político y aquellos que sólo juegan un papel menor. La sección acerca de las dimensiones de temas de los conflictos partidistas, tratada más adelante en este capítulo, los utiliza para sus propósitos, aunque no funcionan bien para contar el número de partidos en un sistema de partidos. En primer lugar, pese al hecho de que los criterios de Sartori se basan en dos variables, tamaño y compatibilidad ideológica, el tamaño es el factor crucial. Únicamente los partidos suficientemente grandes pueden tener potencial de chantaje y éste es también el principal determinante del potencial de coalición. Los partidos muy pequeños con sólo unos cuantos escaños en la legislatura pueden ser bastante moderados

4. Sartori (1976, 123) es demasiado crítico con su propio criterio de potencial de coalición al declarar que es meramente «positivo», ya que «los partidos con un potencial de coalición coinciden, en la práctica, con los que realmente han formado parte, en un determinado momento, de gobiernos de coalición». Por ejemplo, inmediatamente después de su primer éxito electoral en 1967, el partido holandés de los Demócratas '66 fue ampliamente considerado un socio de coalición aceptable, pese a que, en realidad, este partido no formó parte de un gabinete hasta 1973.

y, por lo tanto, ideológicamente aceptables para la mayoría de los partidos restantes, pero raramente poseen potencial de coalición, puesto que simplemente no tienen «peso» suficiente para contribuir al gabinete. De ahí que los partidos que se cuentan, sean o no ideológicamente compatibles, son principalmente los más grandes. En segundo lugar, aunque el tamaño ocupa un lugar destacado en el pensamiento de Sartori, no utiliza este factor para hacer más distinciones entre los partidos relevantes. Por ejemplo, el partido democristiano que dominó la política italiana hasta la década de los noventa y su frecuente, aunque pequeño, socio de coalición, el partido republicano —que nunca ganó más del 5 % de los escaños en la cámara baja— se cuentan de igual forma.

Para remediar este defecto, Jean Blondel (1968, 184-187) propuso una clasificación de los sistemas de partidos que toma en consideración tanto su número como sus tamaños relativos. Sus cuatro categorías se muestran en la tabla 5.1. Los sistemas bipartidistas están dominados por dos partidos grandes, aunque es posible que existan otros partidos pequeños en el parlamento. Los ejemplos de Blondel incluyen nuestros prototipos británico y neozelandés. Si, además de los dos partidos grandes, hay un partido considerablemente más pequeño pero con un potencial de coalición y un papel político significativo, como los liberales alemanes y luxemburgueses, Blondel lo llama un sistema de «dos y medio» partidos. Los sistemas con más de dos partidos y medio significativos son sistemas multipartistas y pueden subdividirse en sistemas multipartistas con y sin un partido dominante. Ejemplos del primero son la Italia anterior a 1990 con un partido democristiano dominante y los tres países escandinavos con sus fuertes partidos socialistas. Ejemplos representativos de sistemas de partidos sin un partido dominante son Suiza, Países Bajos y Finlandia.

TABLA 5.1. Clasificación de los sistemas de partidos basada en los números y tamaños relativos de los partidos políticos

Sistemas de partidos	Ejemplos hipotéticos del reparto de escaños	Número efectivo de partidos
Sistema bipartidista	55 - 45	2
Sistema de dos partidos y medio	45 - 40 - 15	2,6
Sistema multipartidista con un partido dominante	45 - 20 - 15 - 10 - 10	3,5
Sistema multipartidista sin un partido dominante	25 - 25 - 25 - 15 - 10	4,5

FUENTE: adaptada de Blondel (1968), pp. 184-187.

Los conceptos de partido «dominante» y de «medio» partido son extremadamente útiles a la hora de hacer hincapié en las posiciones relativamente fuertes o débiles de cada uno de los partidos en comparación con el resto de partidos importantes del sistema, aunque obviamente bastante imprecisos. Lo que necesitamos en un índice que nos diga exactamente cuántos partidos hay en un sistema de partido tomando en consideración sus tamaños relativos. Markku Laakso y Rein Taagepera (1979) elaboraron un índice de estas características que actualmente es ampliamente utilizado por los comparatistas de la ciencia política: el número efectivo de partidos. Este número (N) se calcula de la siguiente forma:

$$N = 1/\sum s_i^2$$

donde s_i es la proporción de escaños del partido i .⁵

Puede verse claramente que en un sistema bipartidista con dos partidos de igual fuerza, el número efectivo de partidos es exactamente 2,0. Si un partido es considerablemente más fuerte que el resto, pongamos por caso, proporciones de escaños de 70 y de 30 % respectivamente, el número efectivo de partidos es 1,7, confirmando así nuestra intuición de que nos alejamos de un sistema bipartidista puro para acercarnos a un sistema unipartidista. De igual forma, con tres partidos exactamente iguales, la fórmula del número efectivo arroja un valor de 3,0. Si uno de estos partidos es más débil que los otros dos, el número efectivo de partidos será del orden de entre 2,0 y 3,0, dependiendo de la fuerza relativa del tercer partido. La tabla 5.1 muestra el ejemplo hipotético de un sistema de partidos de dos y medio con tres partidos que ostentan el 45, 40, y 15 % de los escaños parlamentarios, resultando un número efectivo de partidos muy cercano al dos y medio, a saber, 2,6.

En todos los casos en los que los partidos son exactamente iguales, el número efectivo será el mismo que el recuento numérico bruto. Cuando los partidos no son iguales en fuerza, el número efectivo será menor al número real, lo que también se ve reflejado en la tabla 5.1.

5. También se puede calcular el número efectivo de partidos basándose en sus porcentajes de escaños en lugar de sus porcentajes de escaños, pero yo uso a lo largo de todo el libro los porcentajes de escaños por tratarse éste de un estudio concentrado en las fuerzas y pautas de los partidos en los parlamentos, así como en sus efectos a la hora de formar gabinetes. El número efectivo de partidos (N) conlleva la misma información que el índice de fragmentación (F) de Douglas W. Rae y Michael Taylor (1970, 22-24) y puede calcularse fácilmente a partir de F de la siguiente manera:

$$N = 1/(1-F)$$

La ventaja de N es que permite visualizar mejor el número de partidos que el índice de fragmentación más abstracto de Rae y Taylor.

Los dos ejemplos hipotéticos de sistemas multipartidistas contienen cinco partidos cada uno. De existir un partido dominante, el número efectivo de partidos es sólo 3,5. Sin un partido dominante, la proporción de escaños está más igualada y el número efectivo aumenta hasta 4,5, cerca del número bruto de partidos en los que todos los partidos se cuentan dejando de lado su tamaño.

Partidos estrechamente aliados

El problema de cómo contar los partidos de tamaños diferentes se resuelve usando la medida del número efectivo. Esta medida, sin embargo, no resuelve la cuestión de qué es un partido político. El supuesto habitual en ciencia política es que las organizaciones que se llaman «partidos políticos» son, de hecho, partidos políticos. Este supuesto funciona bien para la mayor parte de partidos y países, pero resulta problemático en dos situaciones: partidos que están tan estrechamente aliados que parecen más bien un partido que dos y, a la inversa, partidos que están tan divididos que se asemejan más a dos o más partidos que a uno solo. El primer problema es menos difícil de resolver que el segundo. Permítanme referirme al que es relativamente más sencillo en primer lugar.

Los casos a analizar son los siguientes cinco partidos estrechamente aliados: la Unión Demócrata Cristiana (CDU) y la Unión Social Cristiana (CSU) de Alemania, los partidos Liberal y Nacional de Australia, y, en Bélgica, los dos partidos Demócratas originados a partir de la separación por razones lingüísticas en 1968, los dos partidos Liberales divididos de manera semejante desde 1971 y los dos partidos Socialistas, desde 1978. En particular, los dos partidos alemanes y los dos partidos australianos a menudo son tratados como partidos únicos. Por ejemplo, Blondel (1968, 185) considera a los Liberales y a los Nacionales como un solo partido al referirse al sistema de partidos australiano como bipartidista en lugar de un sistema de partidos de dos y medio, y trata a la CDU y a la CSU como un solo partido al referirse al sistema alemán como un sistema de partido de dos y medio en lugar de uno de dos y dos medios. Otro ejemplo es la afirmación de Manfred G. Schmidt (1996, 95) de que los tres «principales partidos establecidos» de Alemania son «la CDU-CSU, el SPD [Socialistas] y los liberales».

Se pueden aplicar dos criterios para decidir si los partidos estrechamente aliados —que tienen distintos nombres y organizaciones de partido separadas— son, de hecho, dos partidos o bien uno solo. En primer lugar, los partidos políticos normalmente compiten para con-

seguir votos en las elecciones; ¿lo hacen estos problemáticos cinco pares de partidos? La CDU y la CSU no compiten para obtener votos porque operan en distintas partes del país: la CSU en Baviera y la CDU en el resto de Alemania. Tampoco lo hacen los tres pares de partidos belgas, puesto que compiten para obtener votos tanto en Flandes como en Valonia y entre los que hablan francés y los que hablan holandés en Bruselas. En las elecciones austríacas con distritos uninominales, el modelo está mezclado. Normalmente, los liberales y los nacionales no presentan candidato contra un representante del otro partido, pero pueden presentar un candidato cada uno en los distritos con representante laborista y en los que carecen de representante.

El segundo criterio gira alrededor del grado de cooperación entre los partidos del parlamento y, en particular, si los dos partidos forman un grupo parlamentario único. Únicamente la CDU y la CSU lo hacen. En tercer lugar, cabe preguntarse si los partidos se comportan como partidos separados en la formación de gabinete; es decir, si están juntos en el gabinete o en la oposición o bien uno está en el gabinete y el otro en la oposición. A este respecto, cada uno de los cinco pares opera estrictamente como un partido único. El ejemplo australiano es particularmente chocante, puesto que, a pesar de que los liberales ganaron claras mayorías de escaños en las elecciones de 1975, 1977 y 1996, pudiendo, por tanto, haber gobernado solos, incluyeron a los nacionales en los tres gabinetes que formaron.

El cuarto criterio es el tiempo: únicamente tiene sentido considerar el contar un partido estrechamente aliado como un único partido si la estrecha colaboración es de larga duración. La duración y el grado de proximidad distinguen a los cinco pares de partidos mencionados anteriormente de otros ejemplos de alianzas electorales que son meramente «matrimonios de conveniencia». Los sistemas electorales con distritos uninominales dan a los partidos pequeños y medianos un fuerte incentivo para formar tales alianzas, aunque éstas tienden a ser *ad hoc*, temporales y cambiantes; ejemplos de ello son Francia, la India y Mauricio.⁶ Las alianzas electorales también tienen lugar en sistemas de RP, como Portugal, en donde la Alianza Democrática de tres partidos, que presentó una única lista de candidatos y tuvo gran éxito

6. Al igual que el sistema de voto alternativo australiano, el sistema electoral a dos vueltas francés anima a los partidos a formar alianzas electorales con partidos de ideología similar en lugar de fusionarse (véase capítulo 8). Sin embargo, a diferencia de la alianza liberal-nacional austríaca, por lo general, las alianzas de socialistas-comunistas y de gaullistas-republicanos no cumplen los criterios para ser considerados partidos estrechamente aliados, especialmente porque los gabinetes socialistas franceses no han incluido habitualmente a los comunistas y porque los gaullistas y los republicanos se han enfrentado seriamente en las elecciones presidenciales, excepto en 1995, cuando hubo dos candidatos gaullistas y ningún candidato republicano.

en las elecciones de 1979 y 1980, volvió a los partidos mutuamente competitivos a partir del año 1983. También en Italia, tras el cambio a un sistema menos proporcional en 1994, agrupaciones como el Polo de la Libertad y el Olivo han sido, como sus nombres sugieren, simples alianzas de partidos y no partidos.

Desgraciadamente, los cuatro criterios no proporcionan una respuesta inequívoca a la pregunta de cómo los cinco pares de partidos problemáticos de Australia, Bélgica y Alemania deberían ser tratados. Verdaderamente, todos ellos se encuentran en algún punto entre dos partidos y un partido. Por lo tanto, en lugar de optar de forma arbitraria por la solución de uno o dos partidos, o simplemente echar una moneda al aire, propongo partir la diferencia; es decir, calcular dos números de partidos efectivos, basados primero en el supuesto de los partidos y después en el supuesto de un partido, y hacer la media de estos dos números. Esto significa que cada par de partidos aliados se cuenta como un partido y medio. Como sucede con cualquier compromiso, puede no ser la solución más perfecta y elegante, pero refleja la realidad de estos actores partidistas mejor que cualquiera de las opciones más extremas.

Partidos divididos

Propongo una solución parecida para los partidos altamente divididos: los partidos Liberal y Conservador de Colombia, el Partido del Congreso de la India, los democristianos italianos, el partido Liberal Demócrata de Japón y el partido Demócrata de Estados Unidos. Estos no son los únicos partidos de las democracias modernas que carecen de una cohesión perfecta —de hecho, generalmente es incorrecto ver a los partidos como «actores unitarios» (Laver y Schofield, 1990, 14-28)—, pero son los casos más extremos en los que los analistas han concluido que las facciones son muy similares a partidos separados. Por ejemplo, en términos generales, los expertos japoneses ven las facciones del partido Liberal Demócrata como «partidos dentro del partido» (Reed y Bolland, 1998). Junichiro Wada (1996, 28) escribe que los Liberal Demócratas «no son un partido único sino una coalición de facciones» y Raymond D. Gastil (1991, 25) declara directamente que «el sistema de partidos "real" en Japón es el sistema de facciones dentro del partido Liberal Demócrata». John B. Goodman (1991, 341) declara que los democristianos de Italia han sido «más una colección de facciones que un partido unificado».

John A. Peeler (1985, 102) describe a los dos principales partidos colombianos como «faccionalistas» y señala que «para la mayor parte

de propósitos, las facciones son los actores políticos verdaderos, no los partidos». Jonathan Hartlyn (1989, 321) concluye de manera parecida que «las facciones en los partidos» hacen que el sistema de partidos de Colombia «se asemeje a un sistema multipartidista» más que a un sistema bipartidista. Paul R. Brass (1990, 97) sostiene que es más acertado hablar del «sistema de facciones» de la India que de su sistema de partidos. Klaus von Beyme (1985, 229) declara que el Congreso de Estados Unidos «no ha tenido nunca un sistema bipartidista y [que] todos los estudios existentes dan por sentado un sistema de cuatro partidos o, al menos, de tres partidos. En el Congreso, los demócratas se comportan generalmente como dos partidos, los conservadores del sur y los liberales del norte».

Estos tipos de fuertes facciones internas suelen operar también como partidos políticos durante las formaciones de gabinete y en los gabinetes de coalición. Tal como se ha mencionado anteriormente, los gabinetes de coalición tienden a ser menos duraderos que los gabinetes de un solo partido. Puesto que las facciones se comportan como partidos, sería de esperar que los gabinetes compuestos por partidos divididos fueran menos duraderos que los gabinetes con partidos más cohesionados. En un estudio comparativo de ocho naciones, James N. Druckman (1996) encontró que esto era realmente así.

El gran reto a la hora de encontrar una solución intermedia para contar los partidos divididos es que los dos números que forman parte del acuerdo no son inmediatamente obvios. En un extremo está la alternativa de un solo partido, pero ¿qué número de partidos hay en el otro extremo? En Italia y en Japón, donde las divisiones internas han sido las más sobresalientes e identificables, el número de facciones ha sido bastante grande. Si éstas se cuentan como partidos, medidos en términos del número efectivo de partidos referidos anteriormente, tanto los democristianos como los liberal-demócratas deberían contarse como cinco o seis partidos (basado en datos recogidos en Leonard y Wertman, 1989, 114-115, y Baerwald, 1986, 27). Esto es claramente excesivo, ya que convertiría al total de los sistemas de partidos de estos dos países en los sistemas multipartidistas más extremos del mundo. Mi propuesta para la alternativa del extremo multipartidista es mucho más modesta, limitándose a tratar cada partido con facciones como dos partidos de igual tamaño. El compromiso sería entonces hacer la media del número efectivo de partidos basado en el supuesto de un partido y el número efectivo basado en el supuesto de dos partidos iguales.

El resultado es que los partidos divididos se cuentan como un partido y medio, exactamente la misma solución que propuse para los partidos estrechamente aliados. Desde luego, mi solución para los par-

tidos divididos es una aproximación más rudimentaria y poco convencional y probablemente será más controvertida. Sin embargo, sobre todo por ser éste un libro que analiza el grado de multipartidismo como uno de los elementos de concentración frente a la fragmentación del poder, se hace absolutamente necesario el considerar la intención de la fragmentación interna. Mi única duda no radica en la necesidad o justificación de un ajuste sino en la suficiente solidez del mismo.⁷

Los sistemas de partidos de treinta y seis democracias

La tabla 5.2 muestra los números efectivos de partidos en treinta y seis democracias —basados en la composición partidista de la cámara baja, generalmente más importante, de los legislativos bicamerales o la cámara única de los legislativos unicamerales—⁸ resultantes de la media de todas las elecciones celebradas entre 1945 y mediados de 1996. Están relacionadas en orden descendente según el número efectivo de partidos. La gama es muy amplia: desde los 5,98 partidos de Papúa-Nueva Guinea hasta a los 1,35 de Botswana. El promedio para las treinta y seis democracias es 3,16 y la mediana es 3,12 partidos.

Hacia el final de la lista, tal como se esperaba, también encontramos nuestros casos prototipo del Reino Unido, Nueva Zelanda y Barbados. La media de 2,11 partidos en la Cámara de los Comunes britá-

7. El hecho de contar los partidos aliados y los divididos como un partido y medio o, más convencionalmente, como dos partidos y un partido, respectivamente, también afecta a cómo están clasificados los gabinetes unipartidistas frente a gabinetes de coalición y ganadores mínimos frente a gabinetes de otros tipos) y afecta al cálculo de la desproporcionalidad electoral. Para aquellos lectores que prefieran la definición convencional de partidos, que acepta la propia definición de los partidos como «partidos», el Apéndice B proporciona los valores basados en esta definición alternativa para las tres variables en el período comprendido entre 1945 y 1996, así como en el período comprendido entre 1971 y 1996.

8. El número efectivo de partidos se basa en los partidos en la legislatura cuando éste se reúne por vez primera tras unas elecciones. En la mayoría de los casos no existe diferencia alguna entre los escaños obtenidos por los partidos en unas elecciones y los escaños que ocupan en la legislatura. Sin embargo, se han observado diversos cambios de poca importancia en tres países. A partir de los años cincuenta, en Japón, diversos candidatos independientes se han unido a los liberal-demócratas tras las elecciones. Cambios parecidos de independiente a miembros de partidos parlamentarios y entre partidos han abundado tras las elecciones en Papúa-Nueva Guinea. En la cámara baja de Botswana, cuatro legisladores elegidos «especialmente» son cooptados por los elegidos popularmente; esto ha incrementado las mayorías legislativas del partido Democrático gobernante en Botswana en cuatro escaños (Holm, 1989, 197), y necesariamente ha disminuido ligeramente el número efectivo de partidos de 1,39 a 1,35. Otras dos cuestiones de menor relieve: 1) los dos ejemplos de elecciones boicoteadas por un partido importante, en Trinidad en 1971 y en Jamaica en 1983, desembocaron en la elección de legislaturas unipartidistas; no he tenido en cuenta los resultados de estas elecciones porque son bastante atípicas; 2) todos los miembros independientes de las legislaturas se han contado como minipartidos de un solo miembro, lo que significa, desde luego, que son virtualmente ignorados en el cálculo del número efectivo de partidos que pondera a los partidos por sus porcentajes de escaños.

TABLA 5.2. *Números efectivos medios, más bajos y más altos de partidos parlamentarios tras las elecciones en treinta y seis democracias y el número de elecciones en las que se basan estos porcentajes (1945-1996)*

	Medio	Más bajo	Más alto	Número de elecciones
Papúa-Nueva Guinea	5,98	2,69	10,83	4
Suiza	5,24	4,71	6,70	13
Finlandia	5,03	4,54	5,58	15
Italia	4,91	3,76	6,97	14
Países Bajos	4,65	3,49	6,42	15
Israel	4,55	3,12	5,96	14
Dinamarca	4,51	3,50	6,86	21
Bélgica	4,32	2,45	6,51	17
India	4,11	2,51	6,53	6
Islandia	3,72	3,20	5,34	16
Japón	3,71	2,58	5,76	19
Francia	3,43	2,49	4,52	10
Venezuela	3,38	2,42	4,88	8
Luxemburgo	3,36	2,68	4,05	11
Noruega	3,35	2,67	4,23	13
Portugal	3,33	2,23	4,26	8
Suecia	3,33	2,87	4,19	16
Colombia	3,32	2,98	4,84	14
Alemania	2,93	2,48	4,33	13
Irlanda	2,84	2,38	3,63	15
España	2,76	2,34	3,02	15
Mauricio	2,71	2,07	3,48	6
Austria	2,48	2,09	3,73	16
Costa Rica	2,41	1,96	3,21	11
Estados Unidos	2,40	2,20	2,44	25
Canadá	2,37	1,54	2,86	16
Australia	2,22	2,08	2,30	21
Grecia	2,20	1,72	2,40	8
Reino Unido	2,11	1,99	2,27	14
Malta	1,99	1,97	2,00	6
Nueva Zelanda	1,96	1,74	2,16	17
Trinidad	1,82	1,18	2,23	7
Barbados	1,76	1,25	2,18	7
Bahamas	1,68	1,45	1,97	5
Jamaica	1,62	1,30	1,95	7
Botswana	1,35	1,17	1,71	7

FUENTE: basada en los datos recogidos en Mackie y Rose (1991, 1997), Nohlen (1993), Singh (1994), Liphart (1994) y datos proporcionados por Pradeep K. Chhibber, Michael Coppedge, Brian F. Crisp, Gary Hoskin, Mark P. Jones, J. Ray Kennedy, Hansraj Mathur, Shaheen Mozaffar, Ben Reilly y Andrew S. Reynolds.

nica refleja los numerosos pequeños partidos existentes en este sistema bipartidista básico. En Nueva Zelanda y Barbados, donde han existido menos terceros partidos y la proporción de escaños del partido ganador ha tendido a ser relativamente grande, los números efectivos medios están por debajo de 2,00. Lo mismo sucede en las tres democracias restantes de la Commonwealth en el Caribe —Jamaica, Trinidad y las Bahamas—, en Malta y, especialmente, en Botswana, donde el partido gobernante ha dominado en número hasta un grado extremo. Al otro extremo de la lista, Suiza va casi en cabeza. Bélgica sólo ocupa el octavo lugar más alto de multipartidismo a lo largo de todo el período; sin embargo, en las seis elecciones celebradas a partir de 1978, después de que todos los partidos principales se dividieran por razones lingüísticas, el número efectivo medio era de 5,82 partidos, ligeramente inferior al número de Papúa-Nueva Guinea.⁹

La tabla 5.2 también indica el grado de variación dentro de cada una de las treinta y seis democracias mostrando los números efectivos más bajos y más altos de los partidos en todas sus elecciones (el número de las cuales se muestra en la última columna). El sistema bipartidista puro maltés con dos, y sólo dos, partidos parlamentarios extremadamente iguales muestra la menor de las variaciones: entre 1,97 y 2,00 en seis elecciones. Con diferencia, la variación mayor tiene lugar en las cuatro elecciones celebradas en Papúa-Nueva Guinea: inicialmente hubo una tendencia hacia la consolidación del sistema de partidos cuando el número efectivo de partidos descendió de los 4,46 obtenidos en la primera elección, celebrada tras la independencia en 1977, a los 2,69 de la segunda elección en 1982. Sin embargo, esta tendencia se invirtió en 1987 y 1992, cuando los números subieron a 5,95 y 10,83, reflejando este último un gran número de partidos pequeños e independientes en el legislativo.

Varios países han experimentado tendencias duraderas hacia un mayor multipartidismo, en especial Bélgica, pero también Austria,

9. Este número refleja el ajuste de partidos de uno y medio, discutido anteriormente. Durante el período siguiente a 1945, el número ajustado de partidos es 4,32 (véase tabla 5.2), entre dos números sin ajustar: 3,59 y 5,05. En el caso de Bélgica, el ajuste tiene un impacto considerable porque implica de tres a seis entidades de partido. Su impacto es menor en los casos de Australia y Alemania. Si se considera la CDU-CSU como un partido, arroja un número efectivo de 2,64 partidos; si se cuenta la CDU y la CSU por separado, arroja 3,23 partidos. El promedio que se muestra en la tabla es de 2,93 partidos. En Australia, si se cuentan los Liberales y los Nacionales como un partido o como dos partidos da un resultado de 1,94 y 2,50, respectivamente, cerca de un bipartidismo puro y un sistema de partido de dos y medio puro, con el número de ajuste de 2,22 partidos que representa cerca de un sistema de partido de dos y un cuarto. El ajuste para los partidos divididos tiene el mayor impacto en el sistema de partidos colombiano porque afecta a los dos partidos más importantes. El tratamiento convencional ofrece un resultado de 2,22 partidos, comparado con el número ajustado de 3,32 partidos. Los números respectivos para la India son 3,34 y 4,11, para Italia 4,16 y 4,91, para Japón 3,08 y 3,71, y para Estados Unidos 1,93 y 2,40.

Colombia, Dinamarca, India, Italia, Noruega y Suiza. En Alemania, Israel y Japón, el número efectivo de partidos descendió primero gradualmente, aumentando de nuevo a lo largo de las pasadas dos o tres décadas. Portugal constituye el único ejemplo de una clara tendencia hacia un menor número de partidos. En la mayor parte de los países restantes, o bien existe poca variación a lo largo del tiempo, o bien fluctuación sin tendencia duradera alguna. De hecho, los números efectivos de partidos más bajos y más altos se obtuvieron en elecciones sucesivas en no menos de siete países, a saber, Botswana, Canadá, Costa Rica, España, Estados Unidos, Francia y Nueva Zelanda.

Las dimensiones de temas del conflicto partidista

¿Cómo se pueden determinar los contenidos y la intensidad de los programas de los partidos y las dimensiones de temas de los sistemas de partidos? Los programas electorales y los manifiestos oficiales de los partidos deberían leerse con cierto escepticismo, si bien ofrecen algunas claves acerca de la posición de los partidos en las políticas públicas, particularmente si se complementan con otras declaraciones formales del partido, los debates en conferencias de partido y los discursos pronunciados por los líderes del mismo en el parlamento y otros lugares. Además, podemos observar las políticas que un partido adopta cuando está en el poder o las que un partido promueve al compartir este poder con uno o más aliados en una coalición (Budge, Robertson y Hearl, 1987; Laver y Hunt, 1992; Klingemann, Hofferbert y Budge, 1994). Los programas de partido deben distinguirse de las características de los votantes a los que los partidos representan. Por ejemplo, el hecho de que un partido reciba un apoyo excepcionalmente fuerte de los votantes católicos no lo convierte automáticamente en un partido católico y tampoco indica necesariamente que la religión sea una dimensión temática de importancia. Sin embargo, normalmente existe una relación mutua entre un programa de partido y los intereses objetivos y subjetivos, así como las necesidades de los seguidores de un partido.

Una segunda directriz para la identificación de las dimensiones de temas de los sistemas de partidos es que la atención debería recaer en las diferencias entre partidos antes que dentro de los partidos. Esto significa que algunos grupos de temas que son importantes en un país pueden no serlo en su sistema de partidos, con lo que pueden causar divisiones internas en los partidos en lugar de marcar las diferencias entre uno y otro. En tercer lugar, el análisis se restringirá a los temas políticos que dividen lo que Sartori (1976) llama los partidos «relevantes».

tes», aquellos con potencial de coalición o de chantaje. Finalmente, la atención se concentrará en las dimensiones de temas duraderas de los sistemas de partidos; se ignorarán las diferencias partidistas que pueden aparecer en unas elecciones y que desaparecen una vez éstas se han celebrado.

Las siete dimensiones de temas siguientes pueden observarse como mínimo en algunos de los treinta y seis sistemas de partidos democráticos en el período comprendido entre 1945 y 1996: 1) socioeconómica; 2) religiosa; 3) étnico-cultural; 4) urbana-rural; 5) apoyo al régimen; 6) política exterior; y 7) posmaterialista. La tabla 5.3 indica qué dimensiones de temas han estado presentes en cada una de las treinta y seis democracias. Se distingue entre las dimensiones de alta intensidad (A) y aquellas con sólo una intensidad media o que varían entre una intensidad alta y baja con el tiempo (M). Los juicios en los que está basada la tabla son necesariamente subjetivos, pero la mayoría son claros y no controvertidos. Los casos difíciles son escasos y se ponen de relieve en la discusión de cada una de las dimensiones de temas.

1. *La dimensión socioeconómica.* La dimensión de temas socioeconómicos se relaciona primero en la tabla 5.3 por ser la más importante y estar presente en todos los sistemas de partidos democráticos en el período comprendido entre 1945 y 1996. Muchos estudios han demostrado que existen diferencias significativas entre las políticas socioeconómicas defendidas y adoptadas por los partidos y gobiernos de izquierda y de derecha. Sistemáticamente, los gobiernos de izquierda han producido un mayor índice de crecimiento en el sector público de la economía, mayores presupuestos del gobierno central, mayor igualdad de la renta, mayores esfuerzos para reducir el desempleo y más énfasis en la educación, la salud pública y las prestaciones sociales que los gobiernos de derecha. La evidencia puede resumirse en la siguiente declaración de Edward R. Tufte (1978, 104): «El determinante más importante de las variaciones en los resultados macroeconómicos entre una democracia industrializada y otra es la posición en el espectro izquierda-derecha del partido político gobernante. Los programas de partido y la ideología política establecen prioridades y ayudan a decidir la política económica.»

En términos generales, las diferencias entre la izquierda y la derecha en cuestiones socioeconómicas han disminuido desde la década de los sesenta, aunque no hasta el punto de poder decir que esta dimensión ha desaparecido en ninguno de los países o ni siquiera que se haya moderado de una intensidad «alta» a sólo «media» en la mayoría de los mismos durante el período que se estudia. La tabla 5.3 sólo asigna intensidades «medias» a Estados Unidos, Canadá, Baha-

Tabla 5.3. Dimensiones de temas de treinta y seis sistemas de partido democráticos (1945-1996)

Socio-económica	Religiosa	Étnico-cultural	Urbana-rural	Apoyo al régimen	Política exterior	Posmilitarista	Número de dimensiones
Finlandia	A	A	M	M	—	—	3,5
Bélgica	A	A	—	—	—	—	3,0
Alemania	A	M	—	—	—	M	3,0
India	A	M	—	M	—	—	3,0
Israel	A	—	—	—	A	—	3,0
Italia	A	—	—	—	M	—	3,0
Países Bajos	A	—	—	M	—	—	3,0
Noruega	A	—	—	—	—	—	3,0
Papúa-N.G.	A	A	—	—	M	M	3,0
Suiza	A	M	M	—	—	—	3,0
Francia	A	M	—	M	—	—	3,0
Japón	A	M	—	M	M	—	2,5
Portugal	A	M	—	M	M	—	2,5
Colombia	A	M	—	M	M	—	2,5
Dinamarca	A	M	M	M	M	—	2,5
España	A	A	—	—	—	—	2,5
Suecia	A	—	M	—	—	M	2,5

Tabla 5.3. (Continuación)

Costa Rica	A	A	—	—	—	—	2,0
Luxemburgo	A	A	—	—	—	—	2,0
Venezuela	A	—	—	—	—	—	2,0
Islandia	A	—	M	—	—	—	2,0
Malta	A	M	—	—	—	—	2,0
Mauricio	A	—	A	—	—	—	2,0
Irlanda	A	—	—	—	M	—	1,5
Jamaica	A	—	—	—	M	—	1,5
Reino Unido	A	—	—	—	—	—	1,5
Canadá	M	—	—	—	—	—	1,5
Trinidad	M	—	A	—	—	—	1,5
Australia	A	—	—	M	—	—	1,5
Austria	A	M	—	—	—	—	1,5
Botswana	A	—	M	—	—	—	1,5
Grecia	A	—	—	—	M	—	1,5
Barbados	A	—	—	—	—	—	1,0
Nueva Zelanda	A	—	—	—	—	—	1,0
Estados Unidos	M	—	M	—	—	—	1,0
Bahamas	M	—	—	—	—	—	0,5
Total	34,0	16,5	9,5	4,0	4,0	6,5	2,5
77,0							

Nota: A indica valores altos de una dimensión de temas y M valores medios.

mas y Trinidad. Al añadir los treinta y seis valores, con una A equivalente a 1,0 y una M a 0,5, el total es de 34,0, tal como se indica en la última línea de la tabla. Esta puntuación total para la dimensión socioeconómica es más del doble de la puntuación total para cualquier otra de las otras dimensiones. La dimensión socioeconómica es también la única que ha estado presente de forma significativa en los treinta y seis sistemas de partidos, lo cual confirma la famosa afirmación de Seymour Martin Lipset (1960, 220) de que las elecciones pueden considerarse como «la expresión de la lucha de clases democrática».

2. *La dimensión religiosa.* Las diferencias entre los partidos seculares y los religiosos constituyen la segunda dimensión de temas más importante. Tales diferencias se encuentran en más de la mitad de las treinta y seis democracias. En doce países que son mayoritariamente católicos y/o protestantes existen, o han existido durante mucho tiempo, muchos partidos que se autodenominan explícitamente «cristianos»: Alemania, Bélgica, Costa Rica, Dinamarca, Finlandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Suecia, Suiza y Venezuela. En los casos en que la diferencia entre religioso y secular ha sido importante durante el período analizado en estos doce sistemas de partidos, se le asigna un valor «alto» en la tabla 5.3 y una puntuación «media» al resto. En seis países eminentemente católicos, las divisiones religiosas han sido por término medio menos preeminentes y explícitas, pese a que siguen mereciendo al menos una puntuación «media»: Austria, Colombia, España, Francia, Malta y Portugal. En tres países eminentemente no cristianos ha estado presente también una dimensión religiosa. Ha sido, y continúa siendo, extremadamente importante en Israel —donde el partido Religioso Nacional y otros partidos religiosos han sido durante largo tiempo unos defensores extremadamente efectivos de las políticas religiosas ortodoxas— y en la India, donde el partido Bharatiya Janata se designa normalmente como un partido «nacionalista hindú». En Japón, el partido Komeito llegó a tener una presencia política significativa en los años setenta; es el representante político de la secta budista Soka Gakkai.

Al igual que la dimensión socioeconómica, la dimensión religiosa ha descendido generalmente en importancia durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. En los países europeos con mezcla de poblaciones católica y protestante e historias de antagonismo católico-protestante, las tensiones entre religiones han desaparecido en gran parte y los dos grupos han tendido incluso a unirse políticamente. La Unión Demócrata Cristiana de la Alemania de posguerra se fundó como un partido conjunto de católicos y protestantes. En los Países Bajos, el partido católico y los dos partidos protestantes más

importantes presentaron una lista conjunta en las elecciones parlamentarias de 1977 y tras ello se fundieron en una única organización de partido. Además, tanto los partidos religiosos como sus oponentes anticlericales han moderado sus exigencias y sus críticas. Sin embargo, los partidos religiosos y seculares se hallan aún divididos según la postura adoptada ante cuestiones morales tales como el matrimonio y el divorcio, los derechos de los homosexuales, el control del nacimiento, el aborto, la educación sexual, la pornografía, etc. Estos temas han alcanzado especial importancia a partir de finales de los sesenta. Además, los partidos religiosos relativamente pequeños de Japón, Dinamarca, Finlandia y Suecia no llegaron a ser electoralmente importantes hasta la segunda mitad del período y no establecieron claramente su potencial de coalición entrando a formar parte de gabinetes de coalición hasta principios de los noventa.

3. *La dimensión étnico-cultural.* Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (1967), en su teoría desarrollista de las estructuras divisorias y los sistemas de partidos, identifican cuatro fuentes básicas de divisiones en los sistemas de partidos. Éstas son, junto con las dimensiones socioeconómica y religiosa referidas anteriormente, las divisiones étnico-culturales y la división entre los intereses rural-agrarios y urbano-industriales. La dimensión étnico-cultural tiene cierta importancia en los nueve países descritos como sociedades plurales en el capítulo 4, a excepción de Israel. En la mayoría de éstos, las cuestiones étnico-culturales son muy sobresalientes. Las dos excepciones ciertamente sorprendentes las constituyen la India y Suiza, con sociedades étnicamente muy divididas, puesto que en estos dos países la dimensión religiosa es un diferenciador mucho más significativo a nivel nacional.

En tres de las sociedades semiplurales, la dimensión étnico-cultural tiene también cierta importancia. En Finlandia, la minoría de habla sueca y el partido Sueco son muy pequeños, pero el partido ha sido un actor político efectivo y un frecuente socio en los gobiernos de coalición. Debido a que la Unión Social Cristiana de Baviera se cuenta como «medio» partido y a la emergencia del partido del Socialismo Democrático como un partido específico de la Alemania oriental desde su unificación en 1990, Alemania recibe una puntuación «media». Ningún partido estadounidense tiene una base exclusivamente étnica, pero los demócratas han representado mejor y han sido más sensibles a los intereses de las minorías étnicas y raciales que los republicanos, y cuando las medidas de discriminación positiva y otros programas a favor de las minorías han sido controvertidos, los demócratas los han apoyado y los republicanos se han opuesto a ellos. En Botswana, el partido gobernante «es considerado por las tribus Bamangwato y Bakwena como el representante de su gente» (Holm 1988, 191).

4. *La dimensión urbana-rural.* Las diferencias entre las áreas los intereses rurales y urbanos aparecen en todas las democracias, pero constituyen una fuente de dimensión de temas en los sistemas de partidos en sólo unas cuantas y de importancia media. Donde hay partidos agrarios, principalmente en los países nórdicos, han tendido a convertirse en menos exclusivamente rurales para atraer también a convertidos urbanos, influidos por el descenso de la población rural. Un signo inequívoco de este cambio es que los partidos agrarios sueco, noruego y finlandés cambiaron sus nombres por «partido de centro» entre 1957 y 1965. Los liberales daneses y los progresistas islandeses también empezaron como partidos agrarios pero, de igual forma, intentan presentarse como partidos de centro. Asimismo, el partido Suizo y los conservadores colombianos pueden considerarse partidos que representan en cierta medida los intereses rurales. El partido Nacional australiano solía llamarse el «partido del campo» y tradicionalmente ha sido el defensor tradicional de los intereses rurales y agrarios. Debido a su clasificación como «medio» partido, sin embargo, Australia recibe sólo una puntuación «media» en la dimensión urbano-rural.

5. *La dimensión de apoyo al régimen.* Esta dimensión puede darse en democracias como resultado de la presencia de partidos importantes que se oponen al régimen democrático. En nuestras treinta y seis democracias se ha dado principalmente en países europeos y asiáticos con partidos comunistas bastante grandes: Francia, Italia, Finlandia, Portugal, Grecia, India y Japón. Sin embargo, la tendencia hacia el «eurocomunismo» ha comportado cambios básicos en las actitudes comunistas hacia la democracia y la política exterior, y los partidos comunistas de la India y Japón se han convertido, asimismo, en más moderados. Por esta razón, ninguno de los sistemas de partidos recibe más que una calificación «media» en esta dimensión. El único país restante con un partido comunista de consideración es Islandia, pese a que los comunistas islandeses pueden ser considerados eurocomunistas desde 1938. Éste fue el año en que se unieron a una facción socialista para formar un nuevo partido que, como el político islandés Olafur R. Grimsson (1982, 145) señala, «admitiría el camino parlamentario hacia el poder, se adheriría a una forma de socialismo islandés y se retiraría de la Comintern, una posición que reflejaba más los europeos años setenta que el final de los treinta». Colombia recibe una puntuación «media» por una razón bien diferente: el importante papel del partido AD-M19 que, pese a sus orígenes revolucionarios, llegó a participar en las elecciones e incluso formó parte del gabinete a principios de los noventa.

6. *La dimensión de la política exterior.* Los partidos de doce de nuestras treinta y seis democracias se han visto divididos por una gran

variedad de cuestiones de política exterior: la tradicional aunque descendente postura prosoviética adoptada por los partidos comunistas europeos, la oposición a la entrada en la OTAN (Organización del Atlántico Norte) en Francia e Islandia, y en la Unión Europea y sus predecesoras en Gran Bretaña, Dinamarca, Francia, Irlanda y Malta, las relaciones con Estados Unidos en Japón y Jamaica, con Australia en Papúa-Nueva Guinea y con Libia en Malta, así como las actitudes diversas de los partidos irlandeses hacia el problema de Irlanda del Norte. Sin embargo, ninguna de ellas fue lo suficientemente importante o duradera para alcanzar valores superiores al «medio». El único país con una puntuación «alta» en la tabla 5.3 es Israel. Aquí la cuestión es de índole nacionalista-territorial y el debate es, en palabras del politólogo israelí Ofira Seliktar (1982, 295), «entre aquellos que siguen la tradición territorial maximalista de los revisionistas y los que se unen a las demandas territoriales más moderadas de la escuela socialista-sionista». Esta dimensión ha alcanzado mayor preeminencia a partir de la ocupación de los territorios árabes en 1967.

7. *La dimensión materialista frente a la posmaterialista.* Esta dimensión gira alrededor de las cuestiones de la democracia participativa y el medio ambiente, ambas pertenecientes al grupo de valores que Ronald Inglehart (1977, 40-50; también Inglehart, 1997, 108-130) ha dado en llamar «posmaterialismo». Inglehart observó que, especialmente entre la gente joven de clase media de las democracias occidentales, se otorga gran importancia a metas tales como que la gente tenga más voz y voto en la toma de decisiones en el trabajo y en sus comunidades y «conceder a la gente una mayor participación en las decisiones importantes que toma el gobierno». Además, en las naciones más ricas, el grupo de valores posmaterialistas también incluye el objetivo de «intentar hacer más bellas nuestras zonas urbanas y rurales». Tal como se muestra en la tabla 5.3, el posmaterialismo se ha convertido en la fuente de una nueva dimensión en unos pocos sistemas de partidos, puesto que ha aparecido únicamente en los países más desarrollados y lo ha hecho de manera reciente. En consecuencia, los partidos posmaterialistas han permanecido pequeños y, por lo general, sin un potencial claro de coalición. Sin embargo, los partidos de centro noruego y sueco han protagonizado una transición uniforme de los desfasados valores rurales a los valores medioambientales modernos, y dos nuevos partidos holandeses, los Demócratas '66 y los Radicales, plantearon propuestas participativas ya a finales de los sesenta y formaron parte de un gabinete de coalición en 1973. Alemania recibe también una valoración «media» en esta dimensión debido a la importancia del partido Verde, el cual ha participado en diversos gobiernos a nivel estatal y era considerado también un partido con un

plana de lo que ellos supusieron: existen más dimensiones en la parte de abajo y menos en la parte de arriba de las que supusieron con su fórmula. Sin embargo, los dos números están fuertemente relacionados. Alemania, Noruega, Estados Unidos y Bahamas son los más alejados de la línea de regresión, aunque ni siquiera estos cuatro países pueden considerarse muy alejados.

A diferencia del número efectivo de partidos y de las cuatro variables que se abordan en los cuatro capítulos siguientes, el número de dimensiones de temas no es una variable institucional, por lo que no se utiliza como uno de los componentes de la dimensión global ejecutivos-partidos. Sin embargo, por estar tan íntimamente relacionada con el número de partidos, se ajustaría muy estrechamente a esta dimensión y, si ésta se incluyera, tendría muy poco efecto sobre la forma de la misma.

CAPÍTULO 6

GABINETES:

CONCENTRACIÓN FRENTE A DIVISIÓN DEL PODER EJECUTIVO

La segunda de las diez variables básicas que caracterizan la diferencia entre las formas de democracia mayoritaria y consensual, que se abordará en este capítulo, es la amplitud de la participación de los representantes del pueblo en la rama ejecutiva del gobierno. Tal como señalé al principio del capítulo 5, esta variable puede considerarse la más típica del contraste entre mayoría y consenso. La diferencia entre los gobiernos de mayoría absoluta de un partido y las amplias coaliciones multipartidistas resume el contraste entre el principio mayoritario de concentrar el poder en manos de la mayoría y el principio consensual de una amplia división del poder.

Los gabinetes de mayoría de partido único y las amplias coaliciones multipartidistas se diferencian entre sí en base a dos cuestiones, a saber, si se trata de un gabinete de partido único o de un gabinete de coalición y el tipo de base de apoyo parlamentario de que éste disfruta. Por lo que se refiere a la base de apoyo, la triple clasificación estándar en teoría de las coaliciones distingue entre 1) gabinetes ganadores mínimos, que son «ganadores» en el sentido de que el partido o los partidos del gabinete controlan una mayoría de escaños parlamentarios, pero «mínimos» en el sentido de que el gabinete no incluye ningún partido que no sea necesario para alcanzar la mayoría en el parlamento; 2) gabinetes sobredimensionados, que contienen más partidos de los necesarios para el apoyo mayoritario en el legislativo, y 3) gabinetes de minoría o «infradimensionados», que no reciben el apoyo de la mayoría parlamentaria. El tipo de gabinete más mayoritarista es el de partido único y ganador mínimo, es decir, un gabinete de mayoría de partido único. El tipo de gabinete más consensual es el multipartidista y sobredimensionado. Tal como expongo